

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de la Voz del Tajo. Nº 15. 15 de Septiembre de 1.984

SUMARIO

Aquel voluptuoso póster de Marilyn, por Jesús Maroto (pag. I).
Amplia entrevista con Luis Alfredo Béjar (páginas II y III)
Las cenizas de la flor, por Angel Crespo (pag. IV)
Fotomatón, por Antonio Cava (pag. IV)

Aquel voluptuoso póster de Marilyn



Este artículo apareció hace dos años y un mes en unos raros papeles, sin la firma de su autor y censurado. Hoy, LA MUJER BARBUDA, lo rescata, le da nueva vida, casi casi lo bautiza. Siempre, siempre es oportuno hablar de Marilyn, porque todos los días es su onomástica.

En este agosto del 82 permanece inmutable, por encima de otras muchas cosas, el recuerdo de aquella mujer que fue Norma Jean y que todos conocemos más y mejor por el nombre de Marilyn Monroe.

Irremediablemente, el mito persiste. Marilyn sigue siendo lo que tal vez no quiso ser. El símbolo de toda una generación, a la que con satinado magnetismo condujo a esos mundos de deseo, sensualidad. En definitiva, mundos de imaginación y esperanza.

Todos aquellos que de una forma u otra la soñaron, la amaron, desearon y odiaron con todas sus fuerzas, no hicieron otra cosa que desmitificar de alguna forma su figura para apropiarse de esa dulce, bellísima y enigmática mujer, que, desesperada, pedía auxilio: "Oiga, señor, protéjame, me sigue un hombre". Sólo que esto lo decía en la pantalla y se lo decía nada menos que a Groucho Marx en la película "Amor en conserva", el cual, con su peculiar y bondadosa extrañera, le dijo: "¿Sólo uno?".

Todos aquellos que de una forma u otra no podemos olvidar aquel voluptuoso póster de Marilyn, que fue la noticia más exacta que tuvimos de su existencia, no hacemos otra cosa que rendirle un sincero homenaje. Dejándonos guiar por la imaginación, nos hacemos a la idea de que aquella chica "Con faldas y a lo loco", nos acompaña por ésta, nuestra sobria y cotidiana "Jungla de asfalto", intentamos descubrir el significado preciso de su mirada y nos encanta su flamante condición de "mujer fatal"; nos alucina su carácter arrollador y, por un momento, olvidamos el mito y no deseamos por nada del mundo volver a la realidad, porque eso significa encontrarse de nuevo con aquel voluptuoso póster de Marilyn, que, veinte años después de su muerte, sigue siendo el legado que el tiempo y la memoria nos ofrecen de ella.

Sí, Marilyn fue encontrada muerta en aquel agosto del 62, cuando, a juicio de muchos, más entusiasmada estaba con su vida sentimental y cuando su carrera,

como actriz, parecía volver a sus mejores momentos. Ocho antes, en el reverso de la fotografía de boda con el que por entonces sería su tercer marido, el dramaturgo Arthur Miller, Marilyn escribió: "Esperanza, esperanza, esperanza".

Esperanza, quizá, porque, como diría Neruda, es una palabra en "cuyo crecimiento amanece". Quizás porque esa mujer que fue Marilyn antes y después de convertirse en el símbolo de toda una época, necesitaba encontrarse, en su mito, o quizá porque hay que dar algún nombre al camino de ida para luego no perderse en el de vuelta.

Y Marilyn ni siquiera intentó regresar; su mirada era ciertamente la de una chiquilla indefensa, aunque llena de ilusiones y esperanza; su sonrisa era, no la del mito, tampoco la del sex-symbol, sino la de una mujer —la más bella— que deseaba encontrarse en el camino de ida y no perderse en el de vuelta.

Así, inmediatamente feliz y terriblemente desgraciada, la imagino, la siento y la reconozco siempre que aquel voluptuoso póster de Marilyn me remite, con satinado magnetismo, a los límites —ah, ingratos límites— de la esperanza.

Jesús MAROTO